

de su recompensa en este mundo. Los pocos millones de la Asociación para la propagación de la fé son el cuarto del pobre, que se multiplica hasta el céntuplo. Las misiones protestantes son el máximum del poder humano con el mínimum del efecto divino. Las misiones católicas son el mínimum del poder humano con el máximum del efecto divino.

El ministro evangélico no es pescador de hombres en el púlpito cristiano, porque no es enviado, ó porque lo es por una autoridad humana y usurpada. Tambien su palabra no tiene razon de ser; los fieles tienen derecho de discutirla y rehusarla, invocando el principio fundamental de la Reforma que los hace intérpretes de la santa Escritura y jueces supremos en la fé. Diputado por César ó por el pueblo, no es independiente; él tiene intereses de familia que gobernar. Es simplemente un hombre vestido de negro que sube al púlpito [cada domingo] para hablar de cosas razonables. Su palabra no tiene autoridad, ni carácter sacramental. Fuera de esto, el protestantismo ha degradado la elocuencia cristiana por el lenguaje bajo, trivial, de mal gusto, que quisieron afectar los primeros reformadores para hacerse aceptar mejor del pueblo.

El ministro evangélico, en fin, no es pescador de almas en la administracion de los sacramentos. El bautismo apenas es para él una pura ceremonia, una simple aspercion de agua lustral; la confesion está abolida, la comunión es rara, y la Eucaristía no es más que un símbolo, la ordenacion es muy probable ó mejor dicho ciertamente nula, el matrimonio, en fin, sólo es un contrato natural. Para él la sola condicion de salvacion es la fé, aun sin el mérito de las buenas obras; su religion es en el fondo el socinianismo; no cree ya en la divinidad de Jesucristo; luego no puede haber para él ni redencion, ni conversion.

En resumidas cuentas: Jesús habia tomado el solemne empeño de hacer de los apóstoles y de sus sucesores verdaderos pescadores de hombres. El empeño ha sido mantenido á la faz del universo entero. El verdadero tipo de

los pescadores de hombres existe en gran número; existe en el seno de la Iglesia católica, apostólica, romana, y en ninguna parte más. Como, pues, en un oráculo tan increíble y extraño se ha convertido en una inmensa realidad, Jesucristo es Dios, y la Iglesia católica es divina.

Señalemos un hecho que no está bastante marcado: en Francia y por doquiera, el pescador de hombres ha dejado á menudo su nombre en el seno de su apostolado, ó en el lugar de su martirio, de suerte que el cumplimiento del oráculo divino es mil veces monumentalizado: *Venid en busca de mí; que yo haré que vosotros seáis pescadores de hombres.*

*Capítulo décimo.—Sexto esplendor de la Fé.—Sed perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto.—* (Math. c. V, v. 48.)—Al mismo tiempo que son un mandato ó un consejo, estas palabras son tambien una profecía. Jesucristo, en efecto, no imponía mandatos á sus discipulos, ó no les daría consejos evangélicos, si estos mandatos y consejos no debían ser puestos en práctica por un mayor ó menor número de entre ellos. Significan, pues, que la religion de Jesucristo formará una gran multitud de hombres perfectos, siguiendo las huellas de su divino Maestro. Pues bien, este anuncio se ha convertido á su vez en una realidad inmensa que llena el universo. La Iglesia católica, romana, solo entre todas las Iglesias cristianas ha contado siempre, cuenta todavia y contará siempre en su seno un gran número de almas perfectas, santos y santas de virtudes sobrenaturales; luego ella es divina y solo divina. Ya en el Antiguo Testamento habia sido dicho á los elegidos de Israel: «Vosotros seréis santos, porque vuestro Dios es santo.» Y en efecto, por la fé en el Mesías que debía venir, por la gracia que debía conquistar con su sangre, cierto número de personajes de la Biblia han sido notables por su santidad. San Pablo, en su Epístola á los Hebreos, exalta la fé y la virtud de Abel, Enoch, Noé, Abraham y de todos aquellos que, sin haber



visto el cumplimiento de las promesas, las han saludado de lejos con el profundo sentimiento de que eran extranjeros y viajeros en la tierra. Comentando esta apoteosis de san Pablo, san Ambrosio tómake el cuidado de hacer notar que la filosofía pagana no ha engendrado ningún héroe que se pueda comparar á los patriarcas y profetas de la antigua ley, santificados anticipadamente por la fé en Jesucristo. Pero solo despues de la venida, los ejemplos, las lecciones y la muerte del divino Salvador, la tierra debia dar á los ángeles y á los hombres el espectáculo no solamente de actos en gran número de virtudes heroicas, si que tambien la costumbre de virtudes heroicas que la Iglesia católica exige de aquellos que coloca sobre los altares. Las virtudes heroicas están caracterizadas y definidas en el admirable capítulo quinto de San Mateo, que termina por el llamamiento á la perfeccion, y que es al mismo tiempo el *Sermon* hecho en la montaña: «Bienaventurados los pobres de espíritu; bienaventurados los mansos; bienaventurados los que lloran; bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia; bienaventurados los misericordiosos; bienaventurados los limpios de corazon; bienaventurados los pacíficos; bienaventurados los que sufren persecucion por la justicia. Bienaventurados sois, cuando os maldijeren y dijeren todo mal contra vosotros mintiendo, á causa de mi nombre. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es por cierto muy grande en los cielos; pues así tambien persiguieron á los profetas, que fueron antes de vosotros... Vosotros sois (notemos que se trata aqui de una afirmacion y no de una simple invitacion) la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo... Vuestra luz ha de brillar delante los hombres para que den gloria á vuestro Padre que está en los cielos... Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y de los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos... Fué dicho á los antiguos: «No matarás; mas yo os digo que todo aquel que se enoja con su hermano, le dice *vaca* y le llama insensato, obligado será á juicio y pasará por el fuego... Si fueres

á ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra ti, deja allí tu ofrenda delante el altar, y vé primeramente á reconciliarte con tu hermano, y entonces vén á ofrecer tu ofrenda... Fué dicho á los antiguos: «No adulterarás.» Pues yo os digo que todo aquel que pusiere los ojos en una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazon... Si tu ojo derecho te sirve de escándalo, sácalo... Si tu mano derecha te sirve de escándalo, córtala y échala de tí... Fué dicho á los antiguos; «No perjurarás: más cumplirás al Señor tus juramentos.» Pero yo os digo que de ningún modo juréis, ni por el cielo, ni por la tierra, ni por tu cabeza. Que vuestro hablar sea: sí, sí, no, no, porque lo que escede de esto de mal procede. Fué dicho: «Ojo por ojo y diente por diente.» Mas yo os digo que no volvais mal tratamiento por mal tratamiento. Antes si alguno te hiriese en la mejilla derecha, párale tambien la otra... Dá á aquel que te pidiere, y al que te quiera pedir prestado no le vuelvas la espalda. Fué dicho: «Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo.» Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian, á fin de que seais bendecidos de mi Padre que está en los cielos. Si amais á los que os aman ¿qué recompensas tendreis? ¿No hacen tambien lo mismo los publicanos? Cuando ameis á vuestros hermanos, no hagais lo que hacen los paganos. Sed, pues, vosotros perfectos así como vuestro Padre celestial es perfecto.»—Este sublime lenguaje de simplicidad y santidad es por sí solo un brillante esplendor de la fe. Caracteriza al Verbo encarnado Hijo de Dios vivo. Una inteligencia humana hubiera sido impotente para concebir este divino ideal. Pues bien, todo lo más perfecto que pide Jesucristo, millones de héroes católicos se lo han habitualmente concedido. La Iglesia no beatifica á los que, habiendo entrado en el camino de la santidad, ceden todavía á algunas debilidades humanas. Con dificultad ha perdonado á Pedro Claver un movimiento de impaciencia contra



sus muy amados negros, que, aunque á menudo advertidos, bailaban todavía sus indecentes danzas. Las virtudes cuya costumbre suponen los decretos de beatificación son: las virtudes teologales, la Fe, la Esperanza y la Caridad; las virtudes cardinales, la Prudencia, la Justicia, la Templanza, la Fortaleza; las virtudes religiosas, el Zelo de la gloria de Dios, la Humildad, la sumisión á la voluntad de Dios, la Dízura, la Paciencia, el Desprecio del mundo, la Mortificación, la Pobreza, la Castidad, la Obediencia. Pues bien, la historia eclesiástica de todas las edades prueba de una manera brillante que todas estas virtudes han sido llevadas hasta el heroísmo por una multitud de santos perfectos, como Jesucristo queria que fuesen perfectos. Es imposible pensar en cualquiera de estas virtudes evangélicas, sin enlazarla al nombre popular de uno de los santos cuyas fiestas celebramos.

¡Qué bello monumento la série de decretos de beatificación y canonización de los santos de los cuatro últimos siglos! ¡Qué gloriosa lista de nombres y de virtudes evangélicas! ¡Qué admirables tipos de perfección de todas las edades, de todos los sexos, de todas las condiciones de la vida, estando fielmente reproducidos en ellos los rasgos del divino autor y consumidor de nuestra fe, espejo, modelo regla, sello de santidad! Recordemos algunos.

*San José.*—Es justo, es decir modelo cumplido de todas las virtudes. La milagrosa preñez de su esposa le inquieta, le turba; quiere abandonarla sin ruido, en secreto. El ángel lo tranquiliza con una palabra. Cree en esta palabra del cielo y adora al Niño Dios. Ordénasele partir de noche y llevar al niño con su madre: parte. Es pobre y lleva con alegría las libreas de la pobreza. Durante tres días, con los ojos inundados en lágrimas, busca al divino Infante perdido en el templo. Ama la laboriosa soledad de Nazareth. Jesús y María reciben su último suspiro.

*San Juan Bautista.*—¡Qué fel «Aquel que vendrá despues de mí, ha sido hecho antes que yo... ¡He aquí el cordero de Dios que quita los pecados del mundo!» ¡Qué hu-

mildad! «Yo soy la voz que clama en el desierto... Yo no soy digno de desatar las correas de sus zapatos.» ¡Qué austeridad! Tiene por vestido un manto de pelos de cabra, por cinturón una tirilla de cuero, por alimento la miel salvaje del bosque y la langosta de los campos. ¡Qué amor tan perfecto! «Es preciso que él crezca, pero que yo disminuya.» ¡Qué energía! No vacila en reprender á Herodes al escándalo que da, é inclina dócilmente la cabeza bajo el hierro del verdugo.

*San Juan Evangelista.*—Su virginidad hizote el discípulo amado. En la postrer Cena, coloca su cabeza sobre el corazón de Jesús, es el confidente de sus secretos. Al morir, Jesús le confía su madre y lo dá como hijo á María... Es el águila que sube á lo más alto de los cielos y que cuenta sus maravillas... Es el apóstol inspirado de la divinidad y caridad de Jesucristo. Sólo hay en su corazón amor... Sólo hay en sus labios estas benditas palabras: «Hijos míos, amaos los unos á los otros.»

*Un niño. San Cirilo.*—Tenia sin cesar en la boca el nombre de Jesús. Furioso su padre al ver que no queria adorar los ídolos, lo arroja de su casa y lo denuncia como cristiano. El juez le insta á que ceda á la voluntad de su padre, y entre de este modo en posesion de su herencia. «Yo estaré mejor, dice, con mi Padre que está en el cielo; yo no temo la muerte, será para mí el principio de una nueva vida.» Se le conduce al lugar del suplicio; muéstranle la hoguera, la cuchilla, todos los instrumentos de muerte. Permanece inquebrantable. «No temo ni el hierro, ni el fuego; apresuraos á matarme á fin de que vuele más prontamente al cielo.» Los asistentes lloran; conjúralos á que se regocijen con él y les anima. Muere como héroe... ¡Vuestras alabanzas, Señor, han salido gloriosas de labios de este santo niño!

*Una jóven doncella. Santa Inés.*—Tenia trece años. Su belleza y riquezas hicieronla pedir en matrimonio por muchos jóvenes de las primeras familias de Roma. Pero ella no quiere tener otro esposo que Jesucristo. Insisten;



permanece inflexible. Irritados llaman en su auxilio las amenazas del juez y la vista de los instrumentos de suplicio... Se enciende una gran hoguera, llévanse los caballetes y las uñas de hierro; Inés no experimenta movimiento alguno de debilidad. Se la arrastra ante los ídolos para forzarla á ofrecerles incienso; levanta la mano, pero es para hacer la señal de la cruz. Enciérranla en un lugar de dispacion. «Nada temo, dice al juez; Jesucristo es demasiado celoso de la castidad de sus esposas, para consentir que yo sea violada.» Vencidos por su angelical belleza, los libertinos la respetan. Uno sólo más temerario átrévase á dirigirla sus impúdicas miradas. Al instante queda ciego. Más furioso aun, el juez la hace decapitar. Inés, dice san Ambrosio, marchó al suplicio con más alegría que otra al tálamo nupcial.

*Una joven esposa. Santa Cecilia.*—Era de una familia ilustre y cristiana. Su vida estaba por completo consagrada á la oracion y á la caridad. Era la abeja siempre activa y zumbidora que llenaba su colmena con la miel de todas las virtudes. Desposóse con un joven patricio llamado Valeriano. Fué levantado el tálamo nupcial, pero Cecilia habia dirigido á Dios esta oracion: «Haced que mi corazon y mi cuerpo, que han permanecido hasta ahora inmaculados, conserven la flor de la virginidad.» Fué escuchada. Valeriano abrió los ojos á la verdadera fe y convirtióse en cristiano. Lo mismo hizo Tiburcio, su hermano, y un joven oficial del pretorio llamado Maximo. Estos tres jóvenes murieron mártires de su constancia en defender su religion. Cecilia, despues de haber asegurado su salvacion eterna, obtuvo á su vez la gloria del martirio. Se le cortó la cabeza.

*Una madre y sus hijos mártires. Santa Felicidad,* dama romana, tan distinguida por sus virtudes como por su nacimiento, tuvo siete hijos que educó en el temor del Señor y en la piedad. Habiendo quedado viuda, consagró todas sus comodidades á Dios y á la conversion de los idólatras. Denunciada como cristiana por los sacerdotes paganos,

compareció ante el tribunal de Publico. Requerida á que sacrificase á los ídolos, rehúsó hacerlo y exclama: «Con la virtud del Espíritu de Dios que combatirá en mí, saldré victoriosa del combate.—¡Pero vuestros hijos! ¡Me obligaréis á arrebarles la vida!—Mis hijos vivirán eternamente con Jesucristo si son fieles.—Qué no tenéis piedad alguna de ellos! ¡Están en la flor de la edad y pueden esperar las más altas dignidades!—¡Vuestra piedad es una impiedad! Hijos míos, mirad al cielo en que Jesucristo os espera con sus santos.» Publico mandó entonces abofetear á Felicidad, é interrogó separadamente á los siete niños. Ninguno se inmutó por sus amenazas ó sus promesas. Murieron todos en distintos suplicios, á la vista de su madre que recogió, la última, la corona del martirio. Temia más, dice san Gregorio el Grande, dejar en la tierra sus siete hijos, que las otras madres no temen sobrevivirles. Fué ocho veces mártir, pues que sufrió lo que sufrió cada uno de sus siete hijos.

*Un mártir en la fuerza de la edad.—San Lorenzo.*—Las extraordinarias virtudes de que dió ejemplo en su juventud, conquistáronle la afeccion de san Sixto que lo nombró el primero de los diaconos, guardian de las riquezas de la Iglesia, y encargado de distribuir las rentas á los pobres. Cuando el santo Papa marchó al suplicio, Lorenzo entristecido exclamó: «¿Dónde vais, Pontífice, sin vuestro diácono?—Yo no te abandono, hijo mio... pruebas mayores y una victoria más gloriosa te esperan! Dentro tres días me seguirás. Entre tanto dá á los pobres los tesoros de que eres depositario.» Lorenzo obedece. Y cuando, más tarde, el prefecto de Roma le exigió que le remitiese su depósito, Lorenzo le oontesta, mostrándole una multitud de pobres: «¡Ved á quiénes han sido distribuidas las riquezas de la Iglesia!» Irritadísimo el juez esclama: «Sé que deseas la muerte, la tendrás; pero no creas que sea pronta, te haré morir por grados.» Colocáronse parrillas de hierro sobre carbones medio encendidos; Lorenzo fué colocado encima. Su semblante mostróse á las miradas



de los cristianos rodeado de una aureola de gloria. Era como insensible á los ardores del fuego material. «Podeis volver mi cuerpo, dice á los verdugos despues de algun tiempo, está bastante tostado de este lado.» Algo despues: «Mi carne está bastante cocida, podeis comer de ella.» Oraba con fervor pidiendo á Dios la conversion de Roma. Terminada su oracion, elevó los ojos al cielo y entregó el espíritu. Su fin coincidió con el de la idolatría que desapareció poco á poco, hasta el día en que el mismo senado veneró los sepulcros de los apóstoles y de los mártires.

*Un anciano mártir.*—*San Policarpo* tuvo la felicidad de conversar con aquellos que habian visto al Salvador, y de beber el espíritu de Jesucristo en las instrucciones de los mismos apóstoles. San Juan á quien se adhirió más particularmente, hizole obispo de Esmirna. Un día encontró en Roma á Marcion, el enemigo de la divinidad de Jesucristo, que atrevióse á preguntarle si le reconocia. «Sí, dijo, yo te reconozco por el hijo primogénito del diablo.» Sufrió el martirio bajo el reinado del emperador Marco Aurelio. Condújosele al anfiteatro, y el juez le amenazó con hacerle arrojar á las fieras ó á la hoguera. «Sólo temo una cosa, contesta Policarpo con calma, y es el fuego eterno.—¡Entréguesele á las llamas!» esclama el pueblo. Al mismo instante, la leña es amontonada en torno de una columna á la cual se ata al santo anciano. Hace á Dios esta oracion: «Señor Jesús, Dios del cielo y de la tierra, os doy gracias, porque ha llegado la hora en que tengo la felicidad de ser asociado á los mártires.» Las llamas rodeáronle al instante, pero respetaron su cuerpo. El verdugo le mató de una puñalada. Así murió gloriosamente, por el nombre de Jesús, este venerable pontífice, á la edad de ochenta y seis años.

*Un mendigo.*—*San José Labre.*—Pobre, humillado, despreciado, errante por el mundo, vestido de harapos, sólo vivía de limosnas que jamás pedía, y que dividía entre más pobres que él cuando escedían á sus necesidades. Pasaba el día en su querida iglesia de Nuestra Señora de los

Montes, y la noche en el hospital. Cuando lanzó el último suspiro, un grito escapóse de todas las bocas. «¡El santo ha muerto!» Dios ha manifestado su gloria por numerosos milagros. La Iglesia lo ha colocado entre sus santos, y débese decir que su canonizacion ha sido uno de los actos más gloriosos del soberano Pontificado de Pio IX (1).

*Una pastora.*—*Santa Geneveva.*—Apenas contaba siete años cuando ya un santo obispo, German de Auxerre, anunció su futura santidad. Consagróse á Dios, del que llegó á ser fiel esposa. Su mortificacion era extrema, profunda en humildad, viva en fe, ardiente en caridad. Tratábasele de visionaria é hipócrita. Aumentó la ira, cuando atrevióse á predecir que París escaparía á la espada de Altila que acababa de invadir las Galias. Pero cuando vióse á los Hunos cambiar el plan de marcha, la persecucion dirigida contra la santa cedió su lugar á la admiracion. Geneveva hizo mucho tiempo todavía brillantes prodigios. Murió á los noventa años. Y despues de tantos siglos es honrada solemnemente é invocada con un fervor siempre nuevo como patrona de París. Sus cenizas han sido arrojadas al viento, pero la piedra de su sepulcro grita: ¡victoria!

*Un Labrador.*—*San Isidro.*—Desde temprano brilló su santidad por su paciencia en sufrir las injurias, por su dulzura con aquellos que le profesaban envidia, por su fidelidad á sus amos. Hacia de su trabajo un acto de religion. Mientras su mano conducia el arado, su corazón conversaba con los ángeles y con Dios. Lleno de caridad por los pobres, repartía entre ellos su salario. Inspiró tambien á su mujer los sentimientos de su fe profunda, que mereció ser inscrita en el número de los santos que honra España. El piadoso labrador preparóse dignamente á la muerte por un acrecentamiento de fervor; fué la admiracion de todos los que asistieron á su postrer hora. Su

(1) Pio IX ha incoó y Leon XIII la ha terminado recientemente. Nota de los editores.



eminente, aunque oculta santidad, ha sido el objeto de una admiracion universal. España y la villa de Madrid cuentanle en el número de sus más gloriosos patronos.

*Un portero. A Ufonso Rodriguez.*—Primeramente fué mercader, pero habiendo experimentado muchos reveses de fortuna, aloró la mano de Dios, entregóse por completo á las obras de la santificacion cristiana, y entró en la Compañia de Jesús. Sus superiores confiáronle el cargo de portero del colegio de Mallorca, y desempeñó este empleo hasta el fin de su vida. En este humilde puesto fué donde se elevó á la más alta santidad, caminando sin cesar en la presencia de Dios. Su mortificacion era extrema. Su obediencia y su humildad no tenían límites. Con todos era afable y agasajador. Veíasele muy á menudo en éxtasis; pero los dones de Dios no envanecían su corazón; mirábase como el mayor de los pecadores. Murió á la edad de noventa años y convirtiése en el objeto de una veneracion profunda.

*Una sirvienta. Santa Zita.*—Nació de padres pobres. A la edad de doce años púsose al servicio de un rico habitante de Luca, y no abandonó á éste hasta su muerte. Dividía con los pobres lo poco que tenía. Su cama ordinaria era una tabla de madera, ó la tierra desnuda. Dulce, humilde, sumisa con todos, mostraba un valor intrépido ante los libertinos. Su virginidad era la recompensa de una vida mortificada y de una oracion continua. Su servicio no disminuía por sus ejercicios de piedad. También sus amos acabaron por tratarla con bondad, y aun con veneracion. En su vejez, fué considerada no como una criada, sino como la sirvienta de Dios. Su muerte fué sin agonía, espiró dulcemente con los ojos elevados al cielo. Al mismo instante una estrella brillante apareció en el zénit de la ciudad, y los niños exclamaron: «Corramos á la iglesia de Santa Fredegunda, porque Zita la santa ha muerto.» Milagros numerosos atestiguaron su santidad. La república y la ciudad de Luca la han escogido por su patrona.

*Un fugitivo. San Alejo.*—Hijo único de un rico senador de Roma, recibió una educacion conforme á su rango, y se distinguió desde temprano por su beneficencia con los pobres. Cuanto más avanzaba en edad, menos podia apartar de su imaginacion el pensamiento de Dios y de la eternidad. Sus padres quisieron absolutamente casarle, pero, por una inspiracion extraordinaria, el día mismo de las bodas, usando de la libertad que la santa Iglesia concede de abrazar un estado más perfecto, antes de la consumacion del matrimonio, huyó y fué á ocultarse en una pequeña cabaña vecina á una iglesia dedicada á María. Sus virtudes atraeron la atencion; todo en su persona manifestaba un origen noble. Cambió de residencia, volvió á Roma vestido de peregrino, y pidió hospitalidad en la casa paterna. Se le concedió un pequeño retrete en que pasó el resto de sus días, ignorado de los miembros de su familia. Sólo dióse á conocer en la hora de su muerte. Hicieronle magníficos funerales. Su cuerpo encontrado en el siglo XIII, descansa hoy en una iglesia levantada en su honor. Su nombre encuéntrase en todos los martirologios griegos y latinos.

*El abogado de los pobres. San Ivo.*—Descendiente de una familia ilustre y piadosa, hizo, en las más renombradas universidades, brillantes estudios de filosofía, teología y derecho canónico. La santa gravedad de su conducta imponía á los más libertinos y acababa por conmovierles. Su vida estaba dividida entre la oracion, el estudio y la caridad. Su mortificacion era excesiva; acostábase sobre el duro suelo, con un libro ó una piedra por almohada. El día de su ordenacion y de su primera misa virtió lágrimas de alegría y de amor. Nombrado oficial, esto es, juez eclesiástico de la diócesis de Vannes primero, y de la de Treguier despues, desempeñó este empleo con una sabiduria y habilidad incomparables. Los huérfanos, las viudas, los pobres, los desamparados encuentran en él un defensor infatigable. Los más ilustres jurisconsultos admiraban su ciencia y conocimientos en derecho, al



mismo tiempo que estaban bajo la influencia de los encantos de su elocuencia. Mandó edificar junto á su presbiterio un hospital para los pobres y enfermos. En los últimos tiempos de su vida, veíase sostenido por dos personas, predicar y responder á todos los que venían de lejos á consultarle. Sucumbió á tantas fatigas, y vióse obligado á meterse en cama. Habiendo recibido los últimos sacramentos, no habló más que con Dios hasta su último suspiro. Había practicado la virtud hasta un grado heroico en las tan peligrosas funciones de juez, de abogado, de cura-párroco, funciones que han dado á la Iglesia tan pocos santos.

*Un ermitaño. San Pablo.*—Nacido en la baja Tebaida, aún no tuvo quince años fué á vivir apaciblemente en la práctica de todas las virtudes cristianas, cuando el emperador Decio inauguró la persecucion contra los cristianos. El jóven Pablo, para poner su fe en seguridad, creyó debía antes que todo ocultarse; pues sentíase inspirado á vivir enteramente en el retiro. Encontró una caverna junto á la cual habia una fuente y una palmera que le daban vestido y alimento. Tenia ya ciento trece años, cuando san Antonio fué conducido á su soledad por una revelacion del cielo. Los dos santos conocieronse sin haberse jamás visto. Conversaron todo el dia sobre las cosas de Dios y pasaron la noche en oracion. Al dia siguiente por la mañana Pablo rogó á Antonio que fuese á buscar el manto de san Atanasio y que se lo trajese, para poderse revestir con él un instante antes de morir. A su vuelta, Antonio encontró al santo de rodillas sin movimiento y sin vida. Dos leones venidos del desierto cavaron una fosa en la cual pudo Antonio sepultar al servidor de Dios.

*Un Patriarca. San Atanasio.*—Elevado á la edad de treinta años á la silla patriarcal de Alejandría, consagróse por completo á sus deberes de pastor de almas. Gobernaba con dulzura y firmeza el rebaño confiado á su cuidado, cuando apareció en el horizonte el audaz menospreciador de la divinidad de Jesucristo. El impío Arrio

se quitó luego la máscara; agrupó en torno suyo numerosos partidarios y creyóse seguro del triunfo... Pero Atanasio está allí en pié sobre la brecha, como un centinela avanzado y vigilante. Aterrorizó y abatió con su elocuencia vehemente y llena de caridad al nuevo Cerinto. Vencido en el terreno de la doctrina. Arrió atacó á Atanasio por la calumnia y trató de hacerle abominable á los ojos de la cristiandad. El santo y animoso doctor fué intimado á que compareciese ante un conciliábulo formado de obispos, antes dignatarios del imperio que defensores de la enseñanza de la Iglesia. Atanasio desconcierta á sus jueces prevaricadores con la majestad de su actitud y la precision de sus respuestas. Ganada es su causa, manifiesta es su inocencia; pero aquí, como demasiado á menudo sucede, la fuerza domina el derecho. El intrépido obispo debió tomar el camino del destierro. Cinco veces será de este modo alejado de su querido rebaño. ¡Qué importa! La inextinguible llama del amor de Jesucristo arde pura y ardiente en su noble pecho. Inmutable testimonio de la verdad, esperará en la oracion, las vigillas y el ayuno, la hora de la calma y del regreso. La tempestad acabó por apaciguarse, y Atanasio fué á terminar sus dias en medio de este pueblo fiel de Alejandría, á quien no habia cesado de edificar por su paciencia heroica, su humildad profunda, su austeridad sin limites y su invencible adhesión á la doctrina de la Iglesia.

*Una Emperatriz. Santa Elena.*—Casóse con Constancio Cloro, cuando este sólo era oficial, quien vióse forzado á repudiarla al ser asociado al Imperio. Era una de las condiciones de su elevacion. El honor de haber dado á luz al gran Constantino presto hubiera consolado á Elena de esta afrenta, si hubiese podido prever sus felices consecuencias, sobre todo para su salvacion. Abrazó la fe cristiana despues de su hijo; pero supo recobrar el tiempo perdido en la idolatría. Distinguióse sobre todo por una piedad humilde y sincera, que haciale olvidar su dignidad, y confundirse con el pueblo en las santas asam-



bleas, por un amor tierno y generoso hácia los pobres, cuya madre era, por un celo y liberalidad sin límites por la construcción de iglesias. Elena tenía ochenta años cuando su hijo la rogó se encargase de velar por la construcción de un templo que quería edificar en el Calvario. Elena partió á los Santos Lugares, ardiendo en el deseo de encontrar la cruz en que fué muerto Jesucristo. Sus deseos fueron oídos: la verdadera Cruz apareció á la luz del día. Elena atestiguó á Dios su agradecimiento por una infinidad de buenas obras. De regreso á Roma, presto entregó su santa alma á Dios, bendiciendo tiernamente á su familia arrodillada al pie de su lecho.

*Un doctor. San Ambrosio.*—Era gobernador de Milan, cuando fué llamado, como por inspiración, á la sede episcopal de esta gran ciudad. Su conducta no tardó en justificar esta elección. Viéronse brillar en él todas las cualidades que poseen los grandes y santos obispos. Su celo en instruir el pueblo era infatigable, su desinterés ejemplar, su caridad sin límites, su dulzura con las almas extraviadas incomparable. A él debe la Iglesia la conversión de san Agustín. Mostróse inflexible con las usurpaciones de la emperatriz Justina, y negó enérgicamente la entrada de la Iglesia al emperador Teodosio, manchado con la muerte de los habitantes de Tesalónica.

*Una madre. Santa Mónica.*—Educada por una sabia aya, aprendió desde temprano á domar sus nacientes pasiones y á reprimir los arranques de su carácter. Desposóse con un ciudadano de Tagaste llamado Patricio, hombre de honor, pero pagano todavía. Tuvo que sufrir mucho con el humor violento y colérico de su esposo, pero no se dispensó jamás de la sumisión que la religión manda á las mujeres cristianas. Esta moderación endulzó poco á poco el impetuoso carácter de Patricio. Acabó por renunciar á la idolatría y tuvo una muerte santa. Dejaba un hijo que debía prolongar todavía por mucho tiempo los pesares de su digna viuda, antes que la diese á su vez tan dulces consuelos. Este hijo era el gran Agustín, alistado

entonces en el error y esclavo de sus pasiones. Todas las exhortaciones de Mónica parecían inútiles; pero las oraciones y las lágrimas que no cesaba de derramar ante el Señor, adelantaban en secreto la hora de su tan milagrosa conversión. Llegó al fin, y esta buena madre no teniendo nada que desear en la tierra, fué á recibir al cielo la recompensa de tantos méritos. Murió en el puerto de Ostia, en los brazos de su querido Agustín.

*Un Obispo. San Nicolás.*—Este gran santo, que tan popular ha llegado á ser á través de los siglos, vivía en el siglo iv y era obispo de Mira, en Licia. La gran veneración que se ha tenido siempre por él en la Iglesia, y la multitud de templos edificadas en honor suyo, son brillantes testimonios de su eminente santidad. Es mirado como el patron de los niños. Y este título le ha sido con justicia aplicado, porque desde su infancia fué un modelo de inocencia y de virtud. Tenía un extremo placer en formar esta tierna edad en la piedra, y muchas veces salvó á doncellas en peligro de perder su inocencia. Operó muchos milagros perfectamente probados.

*Un Doctor. Santo Tomás de Aquino.*—Nació en 1226 de una de las primeras familias del reino de Nápoles, y mostró, muy joven aun, grandes disposiciones para el estudio y la virtud. A la edad de diez y siete años tomó el hábito de santo Domingo. Sus parientes desesperáronse é hicieron encerrar en un fuerte castillo, donde no se descuidó nada para hacer vacilar su resolución, y en el cual también corrió grandes peligros su inocencia. El santo novicio triunfó de todas estas dificultades, consiguiendo escaparse y acabó por pronunciar sus votos. Estudió bajo el gobierno de Alberto el Grande. La superioridad de su espíritu, junto á su pertinaz trabajo, hicieronle presto capaz de instruir á sus mismos maestros, y de componer estas bellas obras de Teología, que le han hecho dar el sobrenombre de Ángel de las escuelas. El estudio sólo sirvió para aumentar su celo por la perfección y su fidelidad á las prácticas de la devoción, particularmente hácia Je-



sús en el Santísimo Sacramento. Escribió sus más bellos tratados al pié del Crucifijo y mereció oír de la boca del divino Salvador estas dulces palabras: «Tomás, bien has escrito de mí»

*Una enferma. Santa Lidwina.*—Nacida en Holanda, Lidwina amó á Dios desde sus más tiernos años; á los doce hizo el voto de virginidad. Fué afligida por una horrible complicación de males que obligáronla á guardar cama los treinta postreros años de su vida. Vióse durante siete años privada del uso de casi todos sus miembros. Á estos sufrimientos físicos añádanse grandes penas interiores. Pero jamás, por un milagro de la gracia, la deseperacion se apoderó de esta alma purificada al crisol del sufrimiento. Meditaba habitualmente sobre la pasion del Salvador de la cual sacaba fuerzas para añadir á sus propios dolores otras mortificaciones voluntarias. Esta paciencia heroica acompañada de una dulzura y humildad raras, de un vivo amor á los pobres, merecióronla el don de milagros y revelaciones. Santa y alegremente crucificada en la tierra con su divino Maestro, debió dividir con él la corona prometida á los fieles amantes del Calvario.

*Un Rey. San Luis.*—La reina Blanca, su madre, le educó con gran cuidado. «Hijo mio, decíale á menudo, desearia más verte caer muerto á mis piés, que cometer un pecado mortal.» Estas palabras grabáronse profundamente en el corazon del jóven Luis. Meditábalas muchas veces, siendo ya rey de Francia. Mostróse tambien tan gran príncipe como ferviente cristiano, y supo ligar todas las virtudes de los santos con las cualidades de un héroe y de un sabio legislador. Despues de haber ordenado y pacificado el interior de sus Estados, tomó la cruz y partió á Palestina. Habiendo caido en poder de los musulmanes, nada perdió de la tranquilidad de su espíritu, ni de la dignidad de su carácter. Los mismos bárbaros, conmovidos por tanta grandeza de alma, decian que era el más noble cristiano que jamás habian conocido. Una segunda cruzada no tuvo más feliz éxito, pero procuró al santo Rey la ven-

taja de morir soldado de Dios y de su santa Religión. La peste le arrebató bajo los muros de Túnez. El mismo Voltaire ha rendido un solemne y tierno testimonio á la gran santidad de este modelo incomparable de soberanos, más padre aún que rey.

*Un Papa. San Pío V.*—Desde la edad de quince años tomó el hábito de san Domingo é hizo una regla el tender siempre á una perfeccion más elevada. Despues de haber enseñado con mucho éxito la filosofía y teología, alcanzó ser sucesivamente maestro de novicios, prior, etc., y fué más tarde promovido al cardenalato. Bajo el papa Pio IV, mostró tan gran aptitud para la direccion de los negocios de la Iglesia, que á la muerte de este pontífice fué llamado por aclamacion á sucederle. Hizo todo lo que pudo para alejar de sí este peso, pero debió obedecer. Pio V mostró todavía más ardor por la oracion y la mortificacion: estaba aquí toda su fuerza. Publicó los decretos del concilio de Trento, y trabajó con todas sus fuerzas para hacerlos ejecutar. A su prodigiosa actividad y á sus eficaces oraciones débese la memorable victoria reportada sobre los turcos en 1571. Pio V fué un gran papa y un gran santo.

*Un grande de mundo. San Francisco de Borja.*—Pasó sus primeros años en la córte de Carlos V que le trató siempre con gran consideracion. Casó con Leonor de Castro de la que tuvo cinco hijos. Habiendo sido encargado de conducir el cadáver de la emperatriz Isabel á Granada, Francisco, horrorizado del estado del cadáver de esta princesa, concibió tal desprecio por las cosas de este mundo, que resolvió desde entonces abrazar una vida más perfecta. Viudo á la edad de treinta y seis años, virey de Cataluña, cuarto duque de Gandía, renunció á todas las grandezas humanas y entró en la Compañía de Jesús. San Ignacio envióle á predicar en varias provincias de España, y lo nombró superior de todas las casas de su Orden en este reino. Su extraordinaria humildad y sus otras virtudes, á las cuales su nacimiento daba nuevo brillo, conciliá-



ronle el respeto de grandes y pequeños. Su ministerio fué bendecido. Fué el tercer general de la Compañía. Tres cosas, decía, aseguraron la prosperidad de la Compañía: 1.º El espíritu de oración y el uso frecuente de los sacramentos; 2.º La oposición del mundo y las persecuciones; 3.º La práctica de la más perfecta obediencia.

*Un gran canceller. Santo Tomás de Cantorbery.*—Canciller del reino de Inglaterra, reinando Enrique II, y arzobispo de Cantorbery ejerció estas pesadas funciones con un celo y un talento que fueron desde luego apreciados por el rey. Tomás era el modelo de su clero, el padre de los pobres, el ardiente defensor de los derechos de la Iglesia. Esta inquebrantable firmeza valiéronle la enemistad de la monarquía. «¡Nadie, decía el rey, tendrá, pues, el valor de librarme de este sacerdote que me da mas malos ratos que todo el resto de mis súbditos!» Tomás, asesinado en su Iglesia al pié del altar, murió como héroe cristiano.

*Un fundador. San Juan de Malla.*—Nació en Faucon, en Provenza, hácia la mitad del siglo XII, y estudió primero en Aix, despues en París donde recibió el sacerdocio. Mientras decía su primera misa, vió una vision que le dió á entender lo que el cielo pedia de él. Pero á fin de asegurarse más, fué á encontrar en el desierto á un santo ermitaño. Félix de Valois, con el cual concertó la fundacion de una orden religiosa destinada al rescate de los cristianos cautivos entre los mahometanos. El soberano Pontífice, despues de haber consultado á Dios en la oracion, aprobó el nuevo instituto que tomó el nombre de Orden de la Trinidad. Juan hizo dos viajes á Túnez en los que tuvo que sufrir mucho. Millares de cautivos fueron rescatados. Extenuado de fatiga por los ayunos y mortificaciones fué á morir en Roma en olor de santidad, por el año 1213.

*Una fundadora. Santa Teresa.*—Nació en Ávila en 1515. Desde la más tierna edad, abrasada por las piadosas lecturas que hacia en su familia, ardía en el deseo de sufrir el martirio, y se portaba con un ardor increíble en todos

las prácticas de piedad. Este primer impulso debilitóse sin embargo con la lectura de algunas novelas y por la amistad que trabó con personas demasiado mundanas. Hubiérase relajado enteramente, si un eficaz movimiento de la gracia no le hubiera inspirado el pensamiento de entrar en la religion. Escogió la órden del Carmelo. Allí todavía tuvo que luchar contra la debilidad humana. Pero en fin, por un nuevo y glorioso impulso, dióse toda á Dios y marchó á grandes pasos por los heroicos senderos de la perfeccion. Recibió el cielo favores extraordinarios, por los cuales Dios la preparaba á la gran obra de la reforma del Carmelo. Llegó laboriosamente á su propósito. Mil contrariedades, mil contradicciones vinieron á asaltarla. Teresa confiaba cada vez más en Dios. Su divisa era: *ó sufrir ó morir*, y despues de haber sufrido mucho, de haber combatido todos los combates del Señor, pudo lograr ver cara á cara al divino Esposo de su alma, el año 1581.

Podría multiplicar hasta lo infinito esta gloriosa lista de modelos de virtudes heroicas, pero forzoso es detenerme.

¿Y quiénes son aquellos á los cuales Jesucristo mandaba la santidad y la perfeccion, que han sido verdaderamente santos perfectos? Estos son los hombres de los cuales el Sabio ha dicho: «El sér humano, en sus sentidos, en sus sentimientos, en su corazon, está inclinado al mal desde su más tierna juventud.» Son aquellos en quienes «la fascinacion de la frivolidad oscurece el bien, y la inconstancia y la concupiscencia hace nacer como invenciblemente la malicia...» Es esta naturaleza humana que hacia esclamar á Job: «Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has hecho contrario á tí?» Que inspiraba á san Pablo estos acentos de desesperacion: «¡Infortunado, yo no hago el bien que amo, y hago el mal que odio!» Estos santos, estos perfectos, son estos apóstoles, estos discípulos, á los cuales decía Jesucristo: «Velad y orad sin cesar, porque el espíritu está pronto y la carne es débil...»



Insensatos y lentos en creer, ¿cuánto tiempo os consentiré á mi lado? Son estos mismos apóstoles, estos mismos discípulos, que, en el día de su Pasión, no habían tenido el valor de velar y orar una hora con él, y que todos huyeron. Sí, hé aquí los que Jesucristo ha hecho santos y aun perfectos. Un gran número de santos, en efecto, como santa Teresa, santa Francisca de Chantal, san Francisco de Borja, san Andrés Avefino, etc., etc., han hecho el voto de tender sin cesar á la perfeccion, de hacer á cada instante lo que conocerian ser más excelente. Siguiendo las tan elocuentes expresiones de las santas Escrituras, corrian por el camino de la virtud con la rapidez de la centella que invade una gran extension de cañaverales secos; la habian erigido como por grados en su corazon y los subian con intrepidez; eran como la luz de la aurora, débil al principio de su salida, pero que sube y crece sin cesar hasta que muestra el esplendor del mediodía. Y, repitámoslo de nuevo, estas transformaciones, estas transfiguraciones son propias exclusivamente de la Iglesia católica, apostólica, romana, que es sólo santa, que sólo ella ha hecho, hace todavía y hará siempre santos y perfectos.

Un impío á sangre fria y demasiado célebre, Proudhon, á la invitacion divina: «Sed santos porque yo soy santo,» respondia con estas abominables blasfemias, que cualquiera imaginaria salen de boca de Satanás, pero que son por sus excesos un esplendor de la fe: «Espíritu mentiroso, Dios imbécil, tu reinado ha concluido, busca entre las bestias otras victimas. Yo sé que no soy, ni puedo jamás llegar á ser santo. ¿Y cómo lo serás tú, si yo me asemejo á tí?... ¡Dios, esto es, necesidad y cobardía; Dios, esto es, hipocresía y mentira; Dios, esto es, tiranía y miseria; Dios, esto es, el mal! Cuanto más la humanidad se inclina ante un altar, cuanto más el hombre sea esclavo de los reyes y de los sacerdotes, tanto más será reprobado... la paz y el amor serán desterrados de entre los mortales.» Y bien, este mismo Proudhon, vencido por la evidencia de los hechos y el brillante testimonio de la historia, ha dicho de

la religion católica: «Ella es la que cimienta los fundamentos de la sociedad, la que da la unidad y la personalidad á las naciones, la que sirve de sancion á los primeros legisladores, anima con un soplo divino los poetas y los artistas, y, colocando en el cielo la razon de las cosas y el término de nuestra esperanza, derrama á mares sobre un mundo de dolores la serenidad y el entusiasmo... ¡Cómo sabe ennoblecer el trabajo, hacer ligero el dolor, humillar el orgullo del rico y reanimar la dignidad del pobre! ¡con qué valor enardece sus lágrimas! ¡cuántas virtudes hacen nacer! ¡qué de abnegaciones suscita! ¡qué torrente de amor vierte en el corazon de las Teresas, de los Franciscos de Sales, de los Vicentes de Paul, de los Fenelon, y con qué lazo fraternal une los pueblos confundiendo, en sus tradiciones y oraciones, los tiempos, las lenguas y las razas!... La religion ha creado tipos á los cuales la ciencia no añadirá nada: ¡felices nosotros, si enseñamos á la ciencia á realizar en nosotros el ideal que la religion nos ha mostrado! ¡Esplendor! ¡esplendor!

Jesucristo dijo: «¡Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto, ó más bien, muchos de vosotros seréis perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto!» El oráculo divino se ha cumplido, y su cumplimiento es un milagro evidente de la omnipotencia divina.

*Capítulo undécimo. — Séptimo esplendor de la Fe. — A los pobres les es anunciado el Evangelio. — (Math. c. XI, v. 5.)*

— Los discípulos de Juan vacilaban todavía en colocarse bajo la direccion de aquel que su maestro habia llamado «Cordero de Dios.» El precursor estaba aprisionado. Herodes habia resistido hasta entonces á las solicitudes de una esposa ambiciosa y cruel. El ilustre cautivo aprovechó los últimos instantes que le dejaba la moderacion ó pusilaninididad del Tetrarca. Mandó venir á dos de sus más fieles discípulos y los dirigió directamente á Jesús: «Juan Bautista, dijeron al Salvador, le pregunta: ¿Eres tú el que há de venir, ó esperamos á otro? En aquel momento estaba



rodeado Jesús de una gran multitud de pueblo. Ante los discípulos de Juan, cura á enfermos de sus enfermedades y dolencias, libra á endemoniados y vuelve la vista á los ciegos. Despues, tomando la palabra responde á los enviados: «Id y contad á Juan lo que habeis visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, y á los pobres les es anunciado el Evangelio.» Es, pues, el mismo Jesucristo el que ha colocado el Evangelio anunciado á los pobres en el rango de los milagros que demuestran su divinidad y la divinidad de su santa Iglesia, y que forma un esplendor de la Fe. Los pobres son evangelizados, es decir, rehabilitados, respetados, amados, socorridos y enseñados. Es de nuevo un oráculo, una profecía, y un oráculo que se ha cumplido y se cumple todos los dias. Por doquiera en el cristianismo, teóricamente al menos, pero por doquiera en el seno de la Iglesia católica, romana, dogmática y prácticamente, el pobre es evangelizado de la manera más perfecta, y esta evangelizacion del pobre es de nuevo un gran hecho que llena el mundo. Luego la Iglesia católica es divina. Jesucristo habia ya llamado la atencion sobre este objeto capital de su mision. En una circunstancia memorable, un dia que enseñaba en la sinagoga de Nazaret, su ciudad natal, presentósele el libro del profeta Isaias, abriólo y leyó: «El espíritu del Señor está sobre mí y me ha consagrado por su santa uncion; me ha enviado para evangelizar á los pobres.» El evangelio anunciado á los pobres, objeto capital de la mision del divino Maestro, es, pues, tambien una profecía del Antiguo Testamento, cuyo cumplimiento es verdaderamente maravilloso.

Apenas nació el Mesias, pobre en medio de los pobres, cuando el ángel aparecia á pobres pastores y les decia: «Os anuncio una buena noticia, un gran gozo: que hoy os ha nacido un Salvador, el Salvador de los pobres. Id, encontrareis un niño recostado en un pesebre y envuelto en pañales.» Y al instante una multitud de espíritus celestes entona el himno de salvacion: «¡Gloria á Dios!.....

¡Paz á los hombres de buena voluntad!» Los pastores corrieron á Belen, encontraron al niño recostado en el pesebre, creyeron en él y lo adoraron; despues hicieron los ecos de la buena nueva. Los primeros atraídos al redil del Salvador fueron, pues, los pobres. Fundará su Iglesia sobre los pobres. Sus apóstoles serán pobres, el jefe de su apostolado será un pobre. Al comenzar su predicacion, la primera de las bienaventuranzas será: «¡Felices los pobres!» Hasta entonces, en todos los tiempos, en todas las sociedades, en la antigüedad pagana y en los pueblos cuya civilizacion más se ha ensalzado, los griegos y los romanos, no solamente ninguna pobreza y miseria era respetada, la historia entera nos lo atestigua, sino que todas las miserias eran bárbaramente ultrajadas. Allí la indigencia era una verdadera degradacion social, que colocaba al pobre fuera de la familia y de la humanidad. Allí el niño pobre, cobardemente vendido por la sociedad, era abandonado sin defensa á los inhumanos caprichos de un padre que podia á su gusto arrojarlo á la plaza pública como una inmundicia, á ahogarle con sus propias manos. Allí al lado de un puñado de hombres que gozaban exclusivamente de la vida como un monopolio, vegetaban entre el suplicio del hambre y el más duro aun del desprecio, millares de esclavos, especie de rebaños con figura humana dedicados de dia á los más rudos trabajos, y encerrados de noche como viles animales en infectos subterráneos, raza privilegiada para el dolor y el oprobio. Todo esto acontecia bajo el reinado de la razon humana, sin que esta jamás hubiera protestado en favor de la dignidad del hombre. No solamente la filosofia permanecia sin lágrimas ante tantos infortunios, sin palabras contra tanta opresion, sino que proclamaba por boca de Séneca, de Marco Aurelio y de sus otros sabios, que la piedad sólo es una debilidad: «¡Guárdate de llorar con los que lloran!» Pero hé aquí que de repente aparece al mundo la dulzura y la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, gritando al mundo: «¡Mi padre me envia para evangelizar á los pobres!» ¡Dicho



sos los pobres, dichosos los que gimen! Llorad con los que sufren, afligios con los que están afligidos.» Y para obrar esta revolucion inmensa, Jesucristo ha encontrado en su corazón humilde y dulce un secreto increíble y divino, mucho más de lo que podamos decir. Quiere que el pobre desde aquel instante sea honrado como El mismo; quiere crearle no solamente títulos á la consideracion y al respeto, sino tambien títulos á una especie de culto y adoracion. Y por esto hará de su condicion como un inefable sacramento en el cual se revela sensiblemente á nosotros hasta el fin del tiempo. Se encarna en el pobre, se identifica con el pobre: «En verdad, en verdad os digo, lo que hagais al más pequeño de los míos, me lo haceis á mí mismo... Aquel que le toca, me toca á la pupila del ojo.» El pobre llora, ¡es Jesucristo quien llora! El pobre tiene hambre, ¡es Jesucristo el hambriento! El pobre mendiga, ¡es Jesucristo el mendicante! El pobre tiene la apariencia de hombre, pero la realidad ha desaparecido; en su lugar no hay más que Jesucristo. Y por miedo de que de esta transformacion sólo quedase una idea estéril, el mismo Jesucristo ha sacado la consecuencia práctica. Despues de haber revestido al pobre de su dignidad, lo ha revestido de su omnipotencia, lo ha hecho tesorero del cielo. Lo que Jesucristo dá, el pobre lo dá. Dá la verdad, la gracia, el cielo; porque la fe, la gracia, la salvacion eterna, todo esto sólo está prometido á los pobres.» Venid, benditos de mi Padre... Yo tuve hambre y vosotros me disteis de comer... Yo tuve sed y vosotros me disteis de beber... ¡Retiraos, malditos, id al fuego eterno! Hé aquí, pues, al pobre verdaderamente divinizado. Vedle asegurado con los homenajes del universo. Será de toda necesidad, bajo pena de muerte eterna, que el hombre se acerque al pobre con respeto. Los derechos de Jesucristo son los derechos del pobre, y esta delegacion era absolutamente necesaria para que la indigencia no quedase sin recursos, y para que la humanidad fuese verdaderamente una familia de hermanos, para que el Padre comun que está en el cielo ase-

gurase á cada uno el pan cotidiano. ¡Jesucristo en el pobre es la obligacion de la limosna, es la deuda de agradecimiento debido á un amor infinito! Es tambien la regla del amor que debe medirse, no sobre las necesidades del pobre, sino sobre los derechos de Jesucristo en las dimensiones de la cruz. Y la cruz es lo infinito en el amor. Es de nuevo el consuelo y la gloria en la limosna. Es, en fin, la refutacion de todas las objeciones que el mundo no cesa de oponer á la limosna.

Importa probar que Jesucristo para afirmar mejor la bienaventuranza del pobre, le ha opuesto la desgracia del rico: «¡Ay de vosotros ricos! En verdad os lo digo, es difícil que un rico entre en el reino de los cielos.... Os lo repito, es más fácil á un camello pasar por el ojo de una aguja que á un rico entrar en el cielo.»

¡Qué cosa más extraordinaria que estas estrañas doctrinas sobre la pobreza y la riqueza, escándalo para el judío, locura para los gentiles, sabiduría y virtud de Dios para los elegidos, hayan entrado anticipadamente en la sociedad humana, que hayan cambiado todas las ideas, todos los sentimientos, todas las relaciones! Es que el pobre tiene derecho de sacudir el polvo de su oprobio, de erguir su cabeza inclinada por la desgracia y más aun por el desprecio. Las humillaciones del pobre han acabado. Ahora son los dias de su grandeza y de su gloria. Puede sin ruborizarse tender la mano y cerrarla sobre la limosna del rico, porque esta limosna no es sólo un socorro arrojado á la miseria, sino un tributo pagado á la dignidad real de Jesucristo, á quien representa. Pues bien, un tributo jamás degradada á la dignidad real que lo reclama y lo acepta. ¡Qué sublime designio poner al pobre sobre todo por el solo hecho y en el solo nombre de su pobreza! ¡Qué conocimiento de su propia fuerza para tentar tal revolucion! ¿qué poder para hacerla aceptar! A falta de otro esplendor, este solo basta para hacer caer de rodillas ante Jesucristo y su santa Iglesia católica, apostólica, romana; porque verdaderamente tanto poder, tanta



grandeza y caridad sólo pueden pertenecer á un Dios.

Antes de ser civilizada por la Cruz, la sociedad no conocía otros monumentos que los arcos de triunfo, los teatros y los templos de los ídolos, esto es, los tristes monumentos del error, del orgullo y de la voluptuosidad. Ahora admírase al ver levantar nuevos edificios, caritativos y gloriosos, cuya sola inscripcion revela el génio que les da nacimiento: «*A Jesucristo en sus pobres*» Pero la Iglesia hace más todavía. Con este poder de creacion que le ha legado su divino Fundador, suscita por todos lados instituciones religiosas que se reparten entre sí todas las miserias que hay que recoger y aliviar. A su voz y bajo su influencia, entre los mismos sacudimientos de las revoluciones y las tinieblas de la barbarie, surgen generosas asociaciones rivalizando entre sí en abnegacion, disputándose á porfia la palma del sacrificio, cuyas leyes son el verdadero título de beneficencia, cuya constitucion permanecerá siendo siempre la viviente organizacion de la caridad. Ninguna de las innumerables miserias se escapará á la santa conspiracion de su celo, cuyo ejercicio es un nuevo esplendor de la Fe. «Conocerán que sois mis discípulos si os amáreis los unos á los otros.»

Sólo se tratará aquí de la evangelizacion que se ejerce por la instruccion, por la enseñanza de los pobres y de los pequeños. Es de nuevo un hecho más brillante que el dia, que, 1.º en el seno del cristianismo, en general, y de la Iglesia católica, apostólica y romana, en particular, la enseñanza ha tomado enormes proporciones; que las escuelas que remontáanse á los siglos apostólicos han ido multiplicándose sin cesar hasta alcanzar una cifra prodigiosa; 2.º que en las naciones que han permanecido siendo idólatras, aun en aquellas en que la civilizacion es muy antigua y avanzada, como la China y el Japon, la instruccion redúcese á muy poca cosa, á la esplicacion de algunos textos de Confucio; 3.º que entre las naciones que han abandonado el cristianismo, la instruccion de las clases inferiores de la sociedad ha llegado á ser casi nula. De

manera que la enseñanza, la instruccion del pobre es muy evidentemente un brillante esplendor de la Fe.

Ya en el siglo primero, san Juan en Efeso fundó una escuela en la cual instruía á los jóvenes. San Policarpo, su discípulo, hizo lo mismo en Esmirna. En los siglos II y III, vemos escuelas y bibliotecas colocadas al lado de las Iglesias. En primera línea de estas escuelas hay que colocar la de los catecúmenos, cuya instruccion y educacion duraban ordinariamente dos años. Probemos aquí que el catecismo, este pequeño libro que, desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias, sirve de texto en la instruccion religiosa de los catecúmenos y de los niños, es por sí solo un brillante esplendor de la fe. «Leed este librito, dice Jouffroy, uno de los jefes menos sospechosos de la escuela de Filosofia ecléctica, y encontrareis en él una solucion á todas las cuestiones que he planteado, á todas sin excepcion. Preguntad al cristiano de dónde viene la especie humana, lo sabe; á dónde vá, lo sabe. Preguntad al niño pobre, que jamás ha pensado en su vida; ¿por qué está en este suelo, y lo que le acontecerá despues de la muerte? Os dará una respuesta sublime que no comprenderá, pero que no por eso es menos admirable. Le preguntais por qué, le preguntais cómo ha sido creado el mundo y con qué fin? ¿por qué Dios ha colocado en él animales y plantas? ¿cómo ha sido poblada la tierra? ¿si es por una sola familia ó por muchas? ¿por qué los hombres hablan muchas lenguas? ¿por qué sufren, por qué se hacen guerra, y cuándo acabará todo esto? Lo sabe. Origen del mundo, origen de la especie, origen de las razas, destino del hombre en esta vida y en la otra, relaciones del hombre con Dios, deberes del hombre en sus relaciones con sus semejantes, derechos del hombre sobre la creacion, no ignora nada. Y cuando será hombre no vacilará sobre el derecho natural, el derecho político, el derecho de gentes; y todo esto sale ó es fruto del cristianismo y del catecismo...» La escuela de Alejandria y la de Constantinopla, en que Juliano el Apóstata tuvo por condiscípulos á san Basilio y



á san Gregorio de Nazianzo, eran verdaderas universidades. La biblioteca agregada á la escuela de Alejandría comprendía cien mil volúmenes. Estas escuelas y bibliotecas estendiáse á la literatura profana, testigo el hipócrita decreto de Juliano el Apóstata, que prohibió á los cristianos interpretar á Homero, Hesiodo, etc., bajo el pretexto de que es criminal explicar autores cuya doctrina se condena, á quienes se acusa de error, de locura é impiedad. Es asimismo un hecho cierto que los tesoros literarios de la antigüedad griega y romana fueron conservados en los conventos. Entre los libros que llevaron á Inglaterra los monjes encargados por Gregorio el Grande de convertir la Gran Bretaña, admirábase un muy bello manuscrito de Homero.

Pero la misión de evangelizar las naciones debía sobre todo ejercerse por las escuelas elementales. Ya en 680, el sexto concilio de Constantinopla ordenaba establecer escuelas gratuitas hasta en los pueblos, y recomendaba á los sacerdotes que tuviesen cuidado con ellas. En el siglo viii, diversos concilios ordenan á los obispos y á los párrocos que se apliquen á la instrucción de los jóvenes, sobre todo á los que se destinan al estado eclesiástico. En el siglo ix, Carlomagno, ayudado por Alcuino, fundó la Universidad de París y dió un inmenso impulso á las escuelas eclesiásticas y laicas. Al mismo tiempo, Alfredo el Grande fundaba la Universidad de Oxford. En el siglo x, cuando Luis el Gordo emancipó á los siervos, quiso que uno de los principales cuidados de los obispos fuese su instrucción. Viéronse formarse entonces muchas Congregaciones de uno y otro sexo, dedicadas no solamente á la enseñanza de las altas ciencias, sino sobre todo á la enseñanza de los primeros elementos de las letras y de la religión. En una série de artículos sobre las bibliotecas de la Edad media, insertos en los *Anales de filosofía cristiana*, 1839, el R. P. Cahier prueba hasta la evidencia que en esta tan calumniada época, gracias á la poderosa acción de la Iglesia, la instrucción de los reyes y de los señores, de

los ciudadanos, aun de las mujeres, estaba mucho más estendida de lo que podría creerse. Dá la lista, admirable por el número, de las escuelas de Francia, Alemania, Inglaterra, é Irlanda. Refuta la necia calumnia de que los nobles gloriábanse de no firmar su nombre, y esplica la ausencia de las firmas de la nobleza sobre los actos públicos por la tiranía de la etiqueta de no firmar. San Luis rey de Francia, que firmaba sus cartas, no firmaba sus diplomas, y un escritor echa en cara á Carlos V el haber firmado con su propia mano todos los actos emanados de su autoridad. Sábese, además, que la mayor parte de los trovadores y romanceros de la Edad media eran casi todos gentil-hombres. Ana de Volvire, llamada la santa de Neant, á la cual un piadoso uso breton había dado por padrinos á dos buenos pobres, era ya á los catorce años maestra de cuatro niños pobres, y ella misma daba clase en su castillo á los niños indigentes. En el siglo xvi viéronse nacer, una tras otra, una multitud de congregaciones ú órdenes de religiosos y religiosas, única ó principalmente dedicadas á la instrucción y educación de los niños y de los pobres. Las Ursulinas fundadas por Angela de Mérici, los Jesuitas por san Ignacio de Loyola, los sacerdotes del Oratorio por san Felipe de Neri, la Congregación de Nuestra Señora por el bienaventurado Pedro Fourier, la Orden de la doctrina cristiana por san Hipólito Galande, los Somascos por san Jerónimo Emiliano, los Religiosos de las Escuelas pías por san José de Calasanz, la Orden de la Visitación por san Francisco de Sales y santa Juana de Chantal, la Congregación del Oratorio por el cardenal de Berulle, los sacerdotes de la Congregación de la Misión y las Hijas de la Caridad por san Vicente de Paul y Luisa de Marillac, los Budistas por el padre Endes, la Congregación de san Carlos fundada en Lorena, las Hermanas de la Doctrina cristiana, las Hermanas de la Providencia, los Hermanos de las Escuelas cristianas por J. B. de la Salle, los Hermanos de la Caridad fundados por el abate Rosmini, los Hermanos de la Instrucción cristiana, los Herma-



nos de la santa Familia, etc., etc. Trazaré rápidamente la vida de algunos de estos piosos fundadores.

*Jerónimo Emiliano.*—Era de Venecia, de una familia noble. Despues de haber servido con distincion en los ejércitos de la República, fué hecho prisionero y cargado de cadenas. Habiendo obtenido su libertad por intercesion de la santísima Virgen, consagróse á la práctica de todas las virtudes cristianas, especialmente á los ejercicios de la caridad. El alivio de los pobres y de los enfermos, el cuidado de los huérfanos, la instruccion de los niños y de los jóvenes eclesiásticos, fueron sucesivamente el objeto de su solicitud. El deseo de perpetuar estas buenas obras indujéronle á fundar la Congregacion de los Somascos. Tomaron este nombre del pueblo en que se reunieron por vez primera los miembros del nuevo instituto. Jerónimo murió de una enfermedad contagiosa, adquirida cuidando enfermos.

*José de Calasans.*—Vino al mundo el 11 de noviembre de 1556, en Peralta de Aragon. Desde su infancia hizose notar por su piedad. Sacerdote, predica, confiesa, visita enfermos y achacosos, en una palabra, se entrega á todas las obras de la caridad y del apostolado. Su mortificacion era excesiva; sus oraciones eran incesantes; los pobres, los enfermos, los prisioneros eran el objeto constante de su ternura y de sus limosnas. Cuando la peste asolaba á Roma, iba de enfermo en enfermo, y aun llevaba sobre sus espaldas los cuerpos de las víctimas del contagio. La vista de una turba de niños ociosos y entregados á la más vergonzosa ignorancia conmueve su corazon. Quiere poner remedio á ese triste estado de cosas. No basta él solo para esta tarea; procuróse cooperadores, fundando, con la aprobacion del Papa, la Congregacion de las Escuelas pias, que prestaron inmensos servicios á la Iglesia en la persona de los niños del pueblo.

*Juan Bautista de la Salle.*—Nacido en Reims de una familia cristiana y venerable, tuvo desde su juventud el deseo de consagrarse á Dios. Ordenado sacerdote, recibió

el bonete de doctor en París. Nombrado canónigo en Reims, abandonó muy aprisa sus funciones, demasiado poco activas para su celo, y se consagró á la educacion de los niños. En 1679 establece en Reims escuelas gratuitas, forma maestros que aloja en su casa y les dá sabios reglamentos. Así tuvo nacimiento el Instituto de los Hermanos de las Escuelas cristianas, que no ha hecho más que desarrollarse á través de los siglos, á pesar de las persecuciones y calumnias de todo género. Este venerable y modesto servidor de pobres abandonó en paz esta tierra de destierro, á la edad de sesenta y ocho años, en 1719.

*Juan de Lamennais.*—Hermano del demasiado célebre autor del *Ensayo sobre la indiferencia*, Juan de Lamennais nació sobre el viejo católico suelo de Bretaña. Educado en los sentimientos de una piedad sincera y sólida y habiendo abrazado la carrera eclesiástica, Juan hízose notar por su fe ardiente y su gusto por el estudio. En 1825, en Ploermel, echó los fundamentos del Instituto de los Hermanos de la Caridad, destinado á educar á los niños pobres. Los principios fueron humildes; pero el grano de mostaza germinó, y la cosecha llegó á ser más y más abundante con el tiempo. Hoy la obra querida del corazon de este sacerdote sencillo y recto es del todo floreciente. No hace mucho tiempo todavía, que este humilde evangelista de los pobres entregó su bella alma á Dios, en los sentimientos de la mayor piedad y de una dulce confianza en la misericordia divina. Fué llorado de todos aquellos que lo conocian. Su querido Instituto de los Hermanos de la Caridad ha prestado y continuará prestando grandes servicios por doquiera que se le llama.

Al fin del siglo XVIII, el número de escuelas de Caridad en París y en las diócesis de Francia era inmenso. Bergier probaba que no era ni la filosofía, ni la política, ni la filantropía, sino la religion únicamente, que, marchando á la cabeza de sus grandes obras, habia fundado todos estos establecimientos de instruccion para las clases ricas y pobres. La Revolucion francesa rompió violentamente con



todas las tradiciones del pasado, suprimió los establecimientos religiosos y dispersó la santa legión de los evangelistas de los pobres. Arrasó, en una palabra, todo lo que había existido. Quiso en seguida reorganizar, pero sólo empleó un despotismo ridículo y bárbaro. El Directorio no fué más feliz. Sus mismas escuelas centrales permanecieron desiertas. Demostróse entonces hasta la evidencia que la demagogia atea, tan poderosa para destruir, es completamente impotente para edificar; que sola la Iglesia, que tiene únicamente la misión de enseñar las naciones, puede crear, construir y conservar.

Francia, que antes de la Revolución contaba una innumerable multitud de Colegios y de Universidades florecientes, sólo tuvo Escuelas centrales sin discípulos, Facultades sin oyentes, Colegios comunistas vacíos, Liceos que pueblan solamente los pensionados del Estado, un solo Observatorio que no tiene todavía adherido su nombre á ningún gran conjunto de observaciones. Con el Imperio y la Restauración, las congregaciones religiosas de enseñanza han podido renacer. Ahora se han multiplicado en una proporción verdaderamente enorme. El *pauperes evangelicantur* se ha convertido de nuevo en una inmensa realidad. Y lo que hay más extraordinario es que los colegios del clero, las instituciones eclesiásticas, las escuelas preparatorias á las carreras públicas dirigidas por religiosos y sacerdotes, son superiores de mucho por el número, la distinción de los discípulos y los éxitos obtenidos en los concursos para la Escuela politecnica y para la Militar, los certificados de capacidad, las becas á las escuelas especiales, etc. Las Universidades católicas sólo están todavía en su principio, y todo anuncia ya que en derecho y medicina tendrán una concurrencia formidable para las Facultades del Estado. Probarán al menos que la ciencia más avanzada no inspira á la Iglesia terror alguno; que la Fe considera á la ciencia como una hermana querida, que tiene la misión de evangelizar en armonía perfecta con ella. También el ódio hace oír ruidos sordos lejanos

todavía, pero que se acercan más y más. Óyese la expresión de los rencores ulcerados y amenazadores que inspira lo poco de libertad concedida á la Iglesia, sobre todo para la enseñanza superior. Véese levantarse en ademán amenazador la bandera de la liga de enseñanza, el espectro de la instrucción gratuita, obligatoria y laica. Es siempre, y más encarnizado que jamás, el odio de Dios, á quien es preciso y á todo precio arrojar del corazón de los niños y sobre todo del corazón de los pobres. Lo que es más horrible es que este odio, que no puede simular amor á la ciencia y al progreso, pues que los resultados están en el campo opuesto, prepara, sin tratar de disimularlo, el castigo cruel de las sociedades que déjense gobernar locamente por una odiosa minoría. La religión se ha retirado ante las preocupaciones salvajes que la prohíben el ejercicio de su gran misión de evangelizar á los pobres. ¿Qué ha acontecido? Ved á todas las miserias, levantándose rugientes y libres de aquí en adelante del solo freno que las detenía consolándolas. Es la ola del pauperismo que, vanamente contenido por la ley, sube, sube todavía y amenaza la propiedad. La riqueza espantada dá el grito de alarma, la sociedad angustiada cúbrese la cabeza con un velo... ¿Dónde se detendrá la ola siempre bramadora? ¡Lo sabe Dios! Pero lo que nosotros sabemos, es que allá donde el catolicismo está en pié, y en que los pobres son evangelizados por él, la desesperación es un crimen. ¡Que la religión vuelva, pues! ¡Que avance, que plante su cruz ante las olas, que las diga: «Hasta aquí y no más lejos!» Y las olas irán á morir á sus piés, la esperanza renacerá y el mundo estará salvado.

*Capítulo duodécimo.—Octavo esplendor de la Fe.—Sereis aborrecidos de todos por mi nombre. (Math., X, 22.)—*Jesucristo estaba al principio de su vida pública. Recorría las ciudades y los pueblos, predicando el Evangelio, curando todas las enfermedades y dolencias. Viendo la multitud que le seguía, tuvo compasión de estas ovejas sin pastor,